

MUNDO HISPANICO

VECINDAD Y ENEMISTAD DE LOS ESTADOS UNIDOS E IBEROAMERICA

La complejidad de la moderna vida pública hace que en ocasiones tengan que considerarse con casi la misma importancia y poco menos que en plena igualdad los factores positivos y negativos de las actitudes políticas generales. Así, por ejemplo, todo el que quiera plantearse, con una u otra idea, la posibilidad de una acción política o social en Iberoamérica, se verá obligado a contar previamente con un factor de carácter negativo tan importante como es el que convencionalmente podríamos llamar «anti-americanismo» evidenciado por el hecho de que las personas y las instituciones de los Estados Unidos son miradas por los nacionales de los países iberoamericanos con una marcada desconfianza que, en ocasiones, llega incluso a constituir hostilidad.

Este sentimiento de carácter negativo, que tiene unas raíces profundas y variadísimas, está tan extraordinariamente incorporado a la vida iberoamericana, que cualquier planteamiento de los problemas y actitudes de estos países tienen lógicamente que partir de la consideración de este fenómeno.

Esta actitud antiamericana se debe en una gran medida a la equivocada política que los Estados Unidos han desarrollado en Iberoamérica y también a la específica manera que ha tenido de realizarse la evolución industrial, económica y social de los diferentes países iberoamericanos, y en no menor medida pueden verse sus causas en la política equivocada seguida por las grandes Compañías norteamericanas en Iberoamérica, contribuyendo todo ello a formar una marcada impopularidad que ha sido explotada con gran habilidad por los comunistas y sus «compañeros de viaje» en los diferentes países.

No cabe duda de que en las difíciles épocas por las que pasa actualmente el mundo y en las actuales circunstancias de general desilusión y dislocamiento político y económico se hace sumamente interesante estudiar aquella serie de fuerzas que impiden el conocimiento y la armonización de actitudes entre los distintos países.

En este sentido lo hispanoamericano no puede comprenderse, ni su ac-

tual dislocación de reducida unidad nacional, sino con un sentido de unión y unidad que mediante la integración de esfuerzos convierta en poderosos a los que ahora son débiles. Pero lógicamente este proceso de unión y vinculación de los países iberoamericanos tiene que tener una dimensión y un sentido entre los cuales no es el más descabellado el de encontrar el porvenir de América en la Unión de América, mediante la integración de esfuerzos, actitudes y orientaciones de todos los países, tanto los del Norte como los del Sur, en fórmulas políticas y económicas de las que ya se han intentado algunas experiencias, aunque, por desgracia, siempre teñidas de las intenciones imperialistas norteamericanas.

RECUENTO Y REPERTORIO

Las posibilidades que puede ofrecer la integración americana son, principalmente, las siguientes:

En primer lugar, un panamericanismo que los Estados Unidos han intentado muchas veces consolidar y robustecer y cuyas experiencias más fecundas y evidentes están en las actuaciones llevadas a cabo por la Unión Panamericana y por la Organización de los Estados Americanos, cuya experiencia se inició en 1890 durante la primera conferencia internacional americana, celebrada en Washington. Asamblea en la que se creó la Oficina Comercial de las Repúblicas Americanas, que en 1910 pasó a llamarse Unión Panamericana y que en 1948, durante la novena conferencia internacional americana, dió lugar a que se firmara la Carta de la Organización de los Estados Americanos, naciendo, por tanto, la organización definitiva.

Es de señalar que esta primera experiencia de Unión Americana, en torno de la cual se ha desarrollado siempre la acción del panamericanismo, tuviera un claro sentido económico, en contraste con el evidente sentido político del Congreso de Panamá, que convocara Simón Bolívar en 1826, en el que por primera vez se habló de unión entre los países de América, y a cuyas tareas y decisiones los Estados Unidos no prestaron la menor atención ni colaboración.

En cierta medida el Congreso de Panamá y, sobre todo, las claras ideas de Bolívar acerca de la unión de toda América representan la segunda tendencia, pues mientras que la O. E. A. significa la unión de los países americanos «en torno» a los Estados Unidos, girando en su órbita y en cierto modo, sino en situación de dependencia, al menos en situación de influencia, la idea de Bolívar de unos países iguales en derechos, unidos todos sus esfuerzos para

una labor más eficaz y sin reconocimiento expreso ni tácito de la supremacía de nadie, tiene sus continuadores en numerosos pensadores americanos, siendo quizá la más moderna de sus formulaciones la que realiza Víctor Raúl Haya de la Torre en un reciente artículo de la revista *Cuadernos*, en el que habla de que, frente a los países del Norte, los iberoamericanos «sólo queremos un auténtico americanismo democrático, sin imperics, con la hegemonía de ambas Américas, porque ellos necesitan tanto de nosotros como nosotros de ellos. Y este equilibrio puede decidir una amistad armoniosa y constructiva. Mientras vivamos en América seremos vecinos y tenemos que resolver el problema de serlo buenos o malos» (1).

En esta diferente matización de unión americana en versión norteamericana y unión americana en interpretación iberoamericana está el punto de partida de todo el problema del antiamericanismo, que se hace más grave en la consideración de algunas actitudes que buscan la unidad de Iberoamérica sin América o contra América (2). Y en este sentido se puede hablar de los proyectos que comprenden una comunidad hispánica de naciones o una unión de los pueblos hispánicos americanos, o el proyecto indoamericano, formulación aprista de Haya de la Torre en su primera época, o el proyecto nacional comunista de carácter trotskysta, o los proyectos sindicalistas o justicialistas, del último de los cuales existe un interesante testimonio publicado por el ex Presidente argentino Juan Domingo Perón en la revista bonaerense *Democracia* en 1952 (3).

(1) VÍCTOR RAÚL HAYA DE LA TORRE: *Visión de América Latina*, extracto de la conferencia pronunciada en La Sorbona publicado en la Revista *Cuadernos*, núm. 48. París, mayo de 1961.

(2) Véanse «Proyectos de integración Ibero-Americanos», artículo de JOSÉ LUIS RUBIO, en la Revista *Cuadernos Hispano-Americanos*, núm. 132. Madrid, diciembre de 1960.

(3) «El año 2000 llegará con el signo de nuevas formas coloniales o con el triunfo de las confederaciones continentales. Entre tanto, ¿qué hacemos los americanos? La unidad comienza por la unión y ésta por la unificación de un criterio básico de aglutinación. El futuro mediato e inmediato en un mundo altamente influido por el factor económico impone la contemplación precedente de este factor. Ninguna nación o grupo de naciones puede enfrentarse con la tarea que un tal destino impone sin unidad económica. Ni Argentina, ni Brasil, ni Chile, aisladas, pueden soñar con la unidad económica indispensable para enfrentarse con un destino de grandeza. Unidas, sin embargo, la más formidable unidad de los valles sobre los océanos de la civilización moderna. Así podrían intentar desde aquí la unidad iberoamericana con varias fases que tendrían con esta unidad económica un impulso incontenible. Desde esta base podría constituirse hacia el Norte, la Confederación Sudamericana, unificando en esta unión a todos los pueblos de raíz latina.» Citado por JOSÉ LUIS RUBIO en un artículo «Proyectos de integración iberoamericana».

Frente a estos proyectos existen una serie de fuerzas disolventes de las que la influencia comunista es una de las más calificadas, y que no pretenden sustituir una ideología o un sistema de unión por otro, sino sencillamente suprimir toda posibilidad de unión, toda posibilidad de vinculación que permita a los países aliarse para progresar.

EL PROBLEMA, DESDE LA PERSPECTIVA DE LOS
ESTADOS UNIDOS.—DE LA DOCTRINA DE MONROE
A LA ALIANZA PARA EL PROGRESO

No es muy exacto que entre la independencia de los Estados Unidos y la de las colonias iberoamericanas hubiera relación de influencia, ya que, en general, los términos políticos juegan de distinta manera a uno y otro lado del Río Grande y las palabras no tienen el mismo significado, categoría y dimensión en unas y otras naciones, pues con los Estados Unidos y los pueblos iberoamericanos se hace cierta la afirmación de un escritor francés de que la Geografía une y la Historia separa. Aunque de todas formas con distinto contenido pasional y actitud, e incluso mentalidad diferente, el principio de libertad y de democracia, inscrito en la Constitución de los Estados Unidos, fué objeto de un estudio por parte de los distintos hombres de Estado que, a partir de los sucesos que marcan el comienzo del reinado de Fernando VII, sublevaron contra la metrópoli la opinión pública de las colonias que constituyen el conjunto de naciones que hoy llamamos Iberoamérica. Junto a las ideas republicanas y liberales proclamadas por los cabecillas de las revoluciones que estallaron en 1810 en casi todas las colonias españolas, en las que se advertían distintas influencias, de un lado elementos tradicionales españoles, de otro ideas revolucionarias de origen francés, había también un gran número de conceptos extraídos de la joven Constitución de los Estados Unidos americanos.

Aunque es necesario señalar que prácticamente suenan distintas las palabras en uno y otro paralelo de la América: «Todos los hombres han sido creados igual y han sido dotados por el Creador de sentimientos, derechos inalienables; entre estos derechos se encuentran la vida, la libertad y la búsqueda de la felicidad», dice, reflexiva y mesurada, la Declaración de Independencia de Estados Unidos de 1776; «Libertad o muerte», clama, extremista y entusiasta, la bandera del caudillo uruguayo Artigas. Y este contraste de pasiones mesuradas o desatadas de hombres sujetos a las reglas de una educación pragmática basada en la filosofía del sentido común, entrando en con-

traste con hombres exaltados hasta por encima de cualquier límite humano, nos vale para advertir de qué forma operan ya desde los fundamentos históricos estas diferencias de mentalidad.

Si los términos políticos juegan de distinta manera a uno y otro lado del Río Grande, en uno y otro extremo del continente; si libertad y democracia no son palabras de la misma categoría y dimensión en unas y otras naciones, no cabe duda de que la mentalidad que informa los actos de los nombres es también diferente y que por esta razón todo esfuerzo de cooperación tiene que llevar por delante un esfuerzo de comprensión.

Si caer en la anécdota, estas diferencias pueden advertirse en un significado usual: ¿Qué representa el indio para el norteamericano y para el iberoamericano? La experiencia diaria nos dice que el norteamericano ve en el indio un remoto pasado de fuerza y bravura, raza en su tiempo de una incómoda coexistencia, pero que una vez vencido ocupa en las páginas de la Historia americana un puesto semejante al que pueden representar para Europa los espartanos heroicamente aniquilados en Las Termópilas, algo lejano sin presencia y sin problema actual, fuera de la nota de color y tipismo de las «reservas» en los Estados más meridionales de la Unión. Por el contrario, para el iberoamericano el indio es una realidad inmediata, no un ancestro remoto, sino un progenitor, cuya presencia se advierte en la propia conducta y en la propia sangre, una realidad desde la que nacen problemas y desde la que en ocasiones se ensayan soluciones. No es la razón vencida, perdida en la lejanía de la Historia, sino la razón propia componente en fecunda amalgama con la sangre española o la portuguesa, de un mestizaje que no es una simple anécdota racial, sino algo más profundo, original y auténtico.

Y esta diferencia de actitud y mentalidad en el hombre se despliega a todo lo largo de la obra humana: la colonia del Norte, resultado del esfuerzo de cuáqueros o luteranos, no se parece en ningún momento de su desarrollo orgánico a los virreinos y capitánías o a los cabildos, instituciones todas ellas de traza española y desarrollo americano, totalmente inconfundible con cualquier otra institución política en su dimensión y en su planteamiento.

A pesar de estas diferencias, Bolívar y Miranda estaban muy familiarizados con los principios de la Constitución de Filadelfia, de la que admiraban el espíritu, y entre los padres de la nación norteamericana y los libertadores de Iberoamérica existía una fuerte corriente de relaciones intelectuales y amistosas, cuyo más claro exponente es el miembro de la Cámara de Representantes de los Estados Unidos, Henry Clay, que consideraba que todas las naciones del Nuevo Mundo deberían constituir una unidad moral que sería «el punto de referencia de la prudencia humana contra los despotismos que se desarro-

llan sobre el Viejo Mundo». Afirmaba también Clay que era responsabilidad de los Estados Unidos crear un sistema del que estos países serían el centro al que pertenecería toda la América del Sur.

Cuando se produce la independencia de las colonias hispanoamericanas, Europa entera, a excepción de Suiza, era un conjunto de naciones monárquicas y, como consecuencia de la acción de la Santa Alianza, la democracia y la forma republicana de gobierno eran miradas con horror por la mayoría de los hombres de Estado que gobernaban la Europa de la época. Incluso Inglaterra, a la que el régimen constitucional le mantenía fuera de la Santa Alianza, no era favorable al reconocimiento de la independencia de las antiguas colonias españolas, sino que pretendía establecer en Hispanoamérica una serie de monarquías que, en cierto sentido, fueran las vasallas de las Casas reinantes en Europa.

En estas circunstancias, el Presidente de los Estados Unidos, James Monroe, dirigió al Congreso de Washington el mensaje especial de 8 de marzo de 1822, en el que proponía el reconocimiento, como Estados independientes, de las Repúblicas constituidas sobre el territorio de las antiguas colonias españolas y pedía la apropiación de los fondos necesarios para dar pleno efecto a este reconocimiento para enviar a las nuevas Repúblicas agentes diplomáticos encargados de representar al Gobierno de los Estados Unidos. Este mensaje de 8 de marzo de 1822, juntamente con el no menos famoso de 8 de diciembre de 1823, también de Monroe, en el que se formulan los principios de la llamada «Doctrina de Monroe», son las principales acciones del panamericanismo y los puntos de partida del desarrollo de esta doctrina.

La doctrina de Monroe, citada muy numerosas veces y erigida por algunos en centro de polémica, se sintetiza en los siguientes principios: primero, los Estados del Nuevo Mundo que se declararon independientes tienen un derecho adquirido en esta independencia; segundo, el continente americano no es susceptible de una nueva colonización u ocupación por parte de una potencia europea; tercero, debe prohibirse la intervención de Europa en los asuntos americanos y la de los Estados Unidos en la política puramente europea; cuarto, *el Gobierno de hecho es el Gobierno propiamente legítimo*.

Se puede pensar en lo que sería el continente americano sin la actitud de Monroe. Aquellas «cabezas de puente» establecidas por Europa en diferentes partes del hemisferio occidental nos demuestran cuáles serían los proyectos de las grandes potencias colonizadoras y conquistadoras del Nuevo Mundo, y si consideramos que todavía Inglaterra, Francia y Holanda poseen algunos puntos estratégicos desde los que en ocasiones intentaron extender su dominación sobre todo el continente, hay que comprender que las afirmaciones del Presidente

norteamericano han evitado que Iberoamérica sea lo que fueron más tarde Africa y China: el campo de expansión y colonización de Europa. Por lo tanto, la afirmación de la doctrina de Monroe ha sido el cauce más firme para la independencia y la integridad territorial de América.

Repetidas veces se ha afirmado que la doctrina de Monroe ha sido la primera manifestación de Derecho internacional americano, es decir, de una manera especial de contemplar los problemas internacionales que es propia de las Repúblicas del hemisferio occidental. Pese a que, a lo largo del tiempo, se haya manifestado siempre, por parte de todos los hombres de Estado iberoamericanos, una gran desconfianza a la doctrina de Monroe, ningún hombre eminente ni ninguna nación, por poderosa que sea, pueden menospreciar el interés de la doctrina de Monroe en el Derecho internacional. Principios de gran importancia también en la declaración de Monroe son los de la no intervención y del reconocimiento de los gobiernos de hecho, que constituyen una renovación respecto de las ideas que eran propias de la época y constantemente practicadas por la Santa Alianza.

De la doctrina de Monroe se han hecho diferentes interpretaciones, algunas de ellas por causa de deformaciones, identificando la doctrina del Presidente americano con la política imperialista e intervencionista de los Estados Unidos, de la que, sin duda alguna, la política seguida en los primeros años del siglo XX por los Estados Unidos en Iberoamérica es la negación evidente. Algunos publicistas hispanoamericanos, entre ellos José María Yepes y los hombres de Estado argentinos Drago y Victoriano de la Plaza, han destacado que la doctrina de Monroe no es otra cosa que una fórmula de independencia y que, por lo tanto, no impene ninguna dominación ni ninguna superioridad, ni establece ningún protectorado en relación del superior al inferior.

Es necesario analizar ahora cuáles son las fuerzas de cohesión que favorecen la solidaridad continental americana. En primer lugar, existe un factor geográfico, de acuerdo con el cual se ha dicho que los pueblos tienen la política propia de su geografía. Sin duda alguna, la similitud de condiciones geográficas de todo el continente sirve para hacer comprender las causas de unión existente entre los países y para dar lugar a una gran analogía entre los problemas que unos y otros deben resolver. Igualmente, separados del continente europeo y del asiático, los países de América tienen, por causas geográficas o geopolíticas, una conciencia de unidad frente al resto del mundo, de la que, en ocasiones, vemos surgir la idea excesiva y perjudicial de una política de aislamiento.

En segundo lugar, un factor histórico que determina el gran parecido y las analogías existentes entre los hombres y los sucesos que determinan la inde-

pendencia de las colonias norteamericanas y los que determinan la independencia entre las colonias sudamericanas. Derivados unos y otros de una vieja civilización europea, se separaron de la metrópoli en circunstancias de una cierta similitud. Las causas inmediatas de la emancipación de los Estados Unidos fueron los excesos en los impuestos y la política comercial y económica de Inglaterra, que no dejaban desarrollarse a aquel país. En Hispanoamérica, las causas fundamentales fueron el abandono y el deseo de los pueblos hispanoamericanos de continuar el camino que la metrópoli había señalado en su guerra de independencia de 1808 a 1812.

En Norteamérica surgió una figura que representaba la resistencia popular contra Inglaterra: Jorge Washington. En Hispanoamérica, Simón Bolívar fué la personificación viviente del patriotismo americano contra la dominación española. Este conjunto de circunstancias ha servido para dar lugar a una corriente de simpatía recíproca, creadora de una solidaridad que pugna por manifestarse entre América anglosajona y América española.

El tercer factor es la semejanza de los regímenes políticos que, como consecuencia de las anteriores semejanzas, juega igualmente un gran papel en la consecución de la unidad de América.

El cuarto elemento es el culto que todos los Estados del Nuevo Mundo han profesado siempre a los mismos ideales internacionales. De éstos, los más importantes son la paz como estado normal de las relaciones entre las naciones, la igualdad jurídica de todos los Estados en consideración de su potencia material y de la extensión de sus recursos o de su población, la condena explícita de la conquista como medio de engrandecimiento territorial de los Estados, la existencia de una cierta forma de civilización fundada sobre el respeto del individuo, sobre la libertad del espíritu, sobre el valor de los contratos y sobre una moral internacional de carácter obligatorio. La consagración de la regla «*Pacta sunt servanda*», el arbitraje como solo medio civilizado de resolver conflictos internacionales, el reconocimiento de los Gobiernos *de facto* como los Gobierno legítimos y, por último, una política liberal y generosa respecto de los extranjeros que tienen que intentar buscar trabajo fuera de su patria.

Factor de unión es, igualmente, la existencia de un Derecho internacional americano que ha sido definido como el conjunto de instituciones, principios, reglas, doctrinas, convenciones, costumbres, prácticas e ideologías que, en el dominio de las relaciones internacionales, son propias y características de las Repúblicas del Nuevo Mundo.

Factor positivo, pero también negativo, que igualmente favorece la unión hispanoamericana, pero también es causa de separación, el carácter económico diferente y complementario del Norte y el del Sur, que, de un lado,

dan lugar a fructíferos intercambios comerciales entre los diferentes países, pero que también es motivo para que la venta de excedentes agrícolas norteamericanos en Hispanoamérica amenace a las Repúblicas de serios trastornos económicos.

Conviene considerar a continuación las relaciones entre el panamericanismo y los movimientos «panistas», como son el «pangermanismo», el «panislamismo», el «paneslavismo», etc., que intentan englobar en una misma unidad política todos los países de raza germánica, islámica, eslava, etc., y tienden a establecer la supremacía de una raza determinada sobre las otras, como si la idea de una raza pura no fuera otra cosa que un simple matiz en contradicción con las realidades de la vida. El «panislamismo» se apoya fundamentalmente sobre motivos religiosos. El «panasiatismo» se inspira en la idea del odio a la raza blanca, y no es otra cosa que la cristalización jurídico-internacional de lo que se ha llamado el «peligro amarillo». El «panbritanismo» no es otra cosa que la concepción egoísta de los intereses exclusivos del Imperio británico. El «panamericanismo» no se opone a los intereses legítimos de otras comunidades humanas, y no es contrario a la formación, en su propio seno, de algunas agrupaciones de Estados con intereses comunes, tales como el «latinoamericanismo» y el «hispanoamericanismo», movimientos que intentan establecer alianzas más estrechas entre las Repúblicas de Iberoamérica, de un lado, y España y Portugal, de otro, y que tienen profundas raíces en la conciencia de los pueblos de la América española. El panamericanismo considera que la solidaridad continental es perfectamente compatible con el desarrollo paralelo de una amistad más estrecha entre las Repúblicas de Iberoamérica, España y Portugal, ya que la huella profunda de España y Portugal en América no puede borrarse por el capricho de los hombres.

Examinaremos a continuación las fuerzas centrífugas o de dispersión que actúan contra la solidaridad continental americana.

La primera de ellas es la política extranjera de los Estados Unidos, que les ha conducido en numerosas ocasiones a anexionismos territoriales de regiones que pertenecen a las Repúblicas americanas y a intervenir en la política interior de éstas, a partir de interpretaciones más o menos deformadas de la doctrina de Monroe.

Pero esta doctrina de Monroe y esta comprensiva actitud de Clay hacia los problemas iberoamericanos ha sido en ocasiones objeto de contradicción por parte de los propios Estados Unidos, que han entendido con la doctrina del Destino Manifiesto que Hispanoamérica era poco menos que la tierra de conquista de los norteamericanos.

El primer acto de la política de los Estados Unidos que ha actuado contra

la solidaridad de todas las Repúblicas del Nuevo Mundo fué su actitud indiferente hacia el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar en 1826, en el que se pensaba realizar el sueño de crear una gran Confederación o Sociedad de Naciones Americanas, que debía servir de proyecto para englobar más tarde a todos los países del mundo. Hay que señalar que los proyectos elaborados por Bolívar para ser sometidos al Congreso de Panamá ofrecían una gran analogía con los proyectos presentados más tarde por el Presidente Wilson a la Conferencia de la Paz en 1919. Una comparación entre los textos de uno y otro demuestran que Wilson no sólo se inspira en las ideas de Bolívar, sino que las copia en gran parte.

En 1826, los hombres políticos de Washington manifestaron una tal desconfianza hacia este propósito que acabaron finalmente por enviar sus delegados cuando ya había terminado el Congreso de Panamá, sin la colaboración de los Estados Unidos. Esta indiferencia de Washington hacia el Congreso de Panamá retardó el movimiento panamericano en más de sesenta años.

Un hecho muchísimo más grave fué la guerra de 1848 entre Méjico y los Estados Unidos, que terminó con el despojo sufrido por Méjico en virtud del Tratado Guadalupe-Hidalgo, por el que perdió un millón y medio de kilómetros cuadrados de tierras extraordinariamente ricas, correspondientes a los Estados de Tejas, Arizona, Nuevo Méjico y Alta California, que fueron aprehendidos por los Estados Unidos. Naturalmente, esta guerra desgraciada e injusta dejó un profundo resentimiento hacia los Estados Unidos, no sólo por parte de Méjico, sino por parte de la mayoría de las Repúblicas de América latina.

Otro factor antipanamericanista de gran importancia y que data de esta época es la doctrina del Destino Manifiesto, emitida por los norteamericanos, y según la cual los Estados Unidos deberían cumplir una misión mesiánica que más pronto o más tarde les haría dueños incontrastables del Nuevo Mundo. Los anexionistas, que al fin de la guerra de 1848 proclamaban la necesidad de absorber la totalidad de Méjico, actuaban poseídos por su fe en el Destino Manifiesto. Uno de los políticos más influyentes de la época afirmaba que el destino manifiesto de los Estados Unidos era dominar, no sólo Méjico, sino toda América Central. Pero la teoría del destino manifiesto no se limitó a la propaganda política, sino que condujo, en 1867, a la compra de Alaska. El mensaje del Presidente Johnson, de 9 de diciembre de 1868, decía que «una sabia política nacional parece aconsejar la adquisición e incorporación en la Unión Federal de diferentes comunidades vecinas continentales y peninsulares, pacíficamente, jurídicamente, y sin mengua alguna de la justicia, la fe o el honor nacional». Siguiendo con esta doctrina, en 1869 el Presidente Grant propuso al Senado la anexión de la República Dominicana, y en el mensaje

del Presidente Hayes, de marzo de 1880, se manifiesta una misma teoría respecto del futuro canal a través del istmo centroamericano. Otras manifestaciones de la doctrina del Destino Manifiesto está en la ocupación de las islas Hawai por el Presidente Mac Kinley.

A propósito de la controversia de las fronteras entre Venezuela y Guayana inglesa, el secretario de Estado norteamericano, Holney, se presentó en esta ocasión como defensor de los derechos de las Repúblicas americanas contra las pretensiones de las grandes potencias europeas, pero añadió en sus afirmaciones que «los Estados Unidos son hoy día los soberanos de este continente y que su voluntad es ley en los asuntos en los que extienden su intervención». Esta interpretación inadmisibles fué protestada, no sólo en Hispanoamérica, sino incluso en los Estados Unidos; pero, de todas formas, su influencia en las relaciones panamericanas no pudo ser más contraproducente.

Otro factor de disgregación es la guerra de 1898, en la que la teoría del destino manifiesto se volvió esta vez contra las posiciones españolas de Cuba y Puerto Rico, dando lugar a una guerra agresiva poco popular.

Otra manifestación de esta teoría del destino manifiesto es el «rapto de Panamá», intervención ilegítima del Gobierno del Presidente Roosevelt en el desmembramiento de Colombia, ocurrido cuando reinaba la paz entre los Estados Unidos y Colombia, a la que, en virtud de tratado firmado en 1846, se debía garantizar la integridad de su territorio. Entences el Gobierno de Roosevelt fomentó una revolución separatista en Panamá, impidiendo por la fuerza el desembarco de las tropas colombianas enviadas al istmo para restablecer el orden. El comandante del crucero americano *Nashville* impidió el transporte, por vía férrea, de las tropas colombianas de Colón a Panamá y cruceros de la Marina de guerra de los Estados Unidos impidieron que las fuerzas colombianas desembarcaran para reprimir la sublevación. El día 6 de noviembre de 1903, tres días solamente después de la revuelta de Panamá, el secretario de Estado, Hay, envió un cablegrama al cónsul de los Estados Unidos en Panamá ordenándole entrar en relaciones con la nueva República. Catorce días más tarde los Estados Unidos firmaron un tratado con Panamá, reconociendo y garantizando su independencia y adquiriendo una concesión para construir un canal marítimo a través del istmo.

El propio Presidente Teodoro Roosevelt alardeó a veces de su éxito en Panamá, atribuyéndose un verdadero éxito en esta indiscutible violación del Derecho internacional.

El reverso de la medalla en la política del destino manifiesto de Teodoro Roosevelt es la política de la buena vecindad inaugurada y seguida durante

toda su vida por el Presidente Franklin Delano Roosevelt y continuada firmemente por el Presidente Eisenhower.

Aunque hay que considerar que mientras que las políticas desfavorables, como son las de Roosevelt, Taf y Coolidge, traducen conductas casi totales contra las que sólo reaccionan algunos universitarios o intelectuales norteamericanos, por el contrario, cuando el segundo de los Roosevelt y el Presidente Eisenhower se hicieron sinceramente problema de las relaciones de buena vecindad con los Estados de Iberoamérica, queriendo acabar con la llamada «diplomacia del dólar» y con la «política del grueso bastón». La penetración de los intereses norteamericanos en Iberoamérica y la presencia de las grandes Compañías impidió en gran parte que las relaciones se siguieran de una manera armónica, tal y como se proyectaba en la Casa Blanca, siendo significativo el hecho de que durante el período presidencial de Franklin D. Roosevelt, cuyas buenas intenciones respecto de Hispanoamérica se expusieron en numerosas ocasiones, se cometió el asesinato del famoso caudillo nicaragüense Sandino, llenando así una página de oprobio que ha sido muy utilizada en la propaganda antiamericanista.

Eisenhower marca en su presidencia una nueva manera de comprender y de interpretar a Hispanoamérica, a pesar de lo cual le cabe la desdichada suerte de ser el Presidente que puede comprobar la tremenda intensidad y fuerza del antiamericanismo, sufriendo graves reveses al enviar a sus secretarios de Estado, a su propio hermano y, particularmente, al vicepresidente Nixon en misiones de paz y confraternidad a Iberoamérica.

Por último, Kennedy, que quizá detente el *record* entre los Presidentes de los Estados Unidos, no ya de juventud, entusiasmo, proyectos esperanzadores y dinamismo político, sino también en cuanto que ha sido el Presidente que con mayor rapidez se ha visto rodeado de mayor cantidad de problemas, pasando de la sonrisa a la gravedad, al mismo tiempo que las palmas de la bienvenida se tornaban con gran rapidez en las bayonetas de los conflictos. Cuando se escriben estas líneas, la política de Kennedy para Iberoamérica es sólo un proyecto, «La Alianza para el Progreso», refrendado con el hecho de haber llamado a su lado para el entendimiento de los problemas iberoamericanos a personas de prestigio internacional, como Adolf Berle, el cual, aun cuando haya participado con su consejo o con su asentimiento en el serio traspiés que ha representado la intervención de los Estados Unidos en la cuestión de Cuba, lo cierto es que reúne títulos y condiciones suficientes para que su presencia en el Departamento de Estado abone la fundamentación de ciertas esperanzas. Y en el mismo sentido, el planteamiento del joven Presidente merece un cierto margen de confianza, a pesar de los complicados problemas que exige su solución, y en gran medida, si Kennedy sabe resolver el problema iberoamericano,

es seguro que al final de su mandato el mundo occidental tendrá cuantiosas razones para recordar y agradecer su memoria.

Pero la solución del problema antiamericanista no se reduce a aniquilar a los más activos enemigos de los Estados Unidos, pues las soluciones que la crueldad rusa convierte en práctica política en los pueblos del Oriente europeo no puede ser permitida ni permitírsela en los países civilizados, realmente partidarios de la paz. Por esta razón América tiene que buscar la comprensión y la solidaridad con sus vecinos, en primer lugar, detectando cuáles son las causas más importantes de la actitud antiamericana, y en segundo, analizando cómo puede lucharse contra las citadas causas.

CULPA Y RESPONSABILIDAD DEL CAPITALISMO NORTEAMERICANO

La desunión de los países hispanoamericanos, el fomento de la desconfianza hacia el panamericanismo y también otros factores de desunión, como es el constituido por las guerras entre los países iberoamericanos, en los que la tendencia al fratricidio, al que es tan desgraciadamente propenso el hombre hispano, y la existencia de fronteras poco delimitadas, han dado lugar a conflictos que, de un lado, han desarrollado un nacionalismo paradójico, incongruente, y de otro, han impedido el fortalecimiento de un auténtico nacionalismo continental.

También en gran medida han actuado como factores de desunión y, sobre todo, como determinantes de la incomprensión entre los Estados Unidos e Iberoamérica la diferencia de lengua y de raza entre los distintos países, así como la diferencia de religión, la diversidad de mentalidades y en medida no desdeñable la especial fisonomía de la emigración en uno y otro extremo del continente. Pero todos estos factores ceden un primer lugar a otro muchísimo más importante, que es el constituido por la existencia de grandes unidades económicas norteamericanas, las cuales, después de desalojados sus competidores europeos de los países de Iberoamérica, han constituido verdaderos imperios económicos, cuyas repercusiones políticas y sociales adquieren proporciones colosales.

Desde el último tercio del siglo XIX, primero con cierta timidez, luego con brioso empuje, las Compañías norteamericanas han adquirido tierras, puesto en funcionamiento fuentes de producción y realizado negocios en una escala gigantesca en casi todos los países de Centro y Sudamérica.

Para Iberoamérica, la presencia de las grandes Compañías norteamericanas

representa fundamentalmente cinco grandes males, alguno de los cuales los señalaba el escritor francés Henri Raymond en un número de la revista *Esprit*, publicado en 1958. Estas causas se pueden ordenar de la manera siguiente: males en cuanto a la industria, a la cual se aplican criterios que vienen a repercutir en el aumento del beneficio de las grandes Compañías y no en el enriquecimiento del país, en cuyo sentido puede hablarse de una industria extra-territorial, una industria satélite, una industria local y fundamentalmente de «un mito de la industria iberoamericana», que produce no pocas desorientaciones y numerosos males.

En segundo lugar, el mal de la presencia de las grandes Compañías se produce sobre la vida pública en cuanto los intereses de las mismas, al aliarse con las oligarquías y al manejar movimientos políticos de tipo parcial en su favor, tanto de carácter revolucionario como de carácter reaccionario, determinan la introducción de un elemento extraño en la vida pública, confundiendo todos los términos del problema político y produciendo otros numerosos males no menores.

Igualmente causa esta intervención grandes males en cuanto a la situación social, advertibles en dos aspectos. En primer lugar, presentando ante una sociedad trabajadora de muy escasa capacitación y muy poco poder social un frente de unos patronos omnipotentes e incluso inaccesibles, no ya social, sino también físicamente. En segundo lugar, descorientando completamente el problema social iberoamericano, que, en realidad, en un continente en el que todavía se dispone de inmensa cantidad de espacio por ganar, debería tener una dimensión completamente distinta, y, sin embargo, al introducirse en la vida industrial las formas propias de las Compañías americanas, el problema se crea con parcial planteamiento y perspectiva de país desarrollado, pero desplegándose en el seno de un país subdesarrollado.

Igualmente la penetración de las grandes Sociedades causa una desorientación y un grave daño a la economía de los países iberoamericanos, puesto que, en primer lugar, les hace adquirir una falsa idea de su propia personalidad económica; en segundo lugar, al crear industrias y actividades de carácter subsidiario, no representa un avance positivo para la economía de los países en los que radica; en tercer lugar, el contraste entre las actividades a corto plazo de las Compañías y las previsiones a largo plazo de los Estados repercute en perjuicio de estos últimos; en cuarto lugar se verifica el fenómeno de evasión de riquezas que hemos señalado en otras páginas; y, por último, al desplegarse una mentalidad económica de tipo occidental en un mundo necesitado de otros instrumentos mentales, se produce la paradoja de que los iberoamericanos se acostumbran a utilizar y manejar sistemas e ideas económicas que no les son

útiles y que más bien tienen que tender a desorientar aún más sus ideas y creencias, causándoles notables daños.

En último punto, la presencia de las grandes Compañías dificulta, compromete e incluso impide la solidaridad internacional de los pueblos iberoamericanos, dado que ni a los comunistas ni al capitalismo les interesa la expansión del internacionalismo en ningún caso, salvo el que significa la sumisión exacta, en un caso, a sus principios y formas políticas; en el otro, a la conservación de sus intereses.

Contra estos cinco grandes pecados hay otros dos de carácter humano, no menos desdeñables: el primero, en cuanto facilita la tendencia natural a la deserción, propia en el hombre, principalmente en el aspecto social, pues al favorecer la permanencia de un sistema de clases separado por grandes diferencias y articuladas en evidentes niveles de vida, retribución, cultura, etc., hacen mucho más posible que el individuo procedente de los estratos inferiores de la sociedad alcance un cierto sentido de vida y responsabilidad y no se sienta inclinado a identificar de ningún modo su destino con los de sus antiguos compañeros, fracasando totalmente, por este fallo humano, el papel que el ascenso social debe representar en toda comunidad en cuanto sistema de establecimiento de una responsabilidad social.

La séptima consecuencia de la existencia de las Sociedades es el desmembramiento de la cultura popular, afectada principalmente de dos maneras: en un caso, por cuanto el crecimiento hipertrófico de las grandes Sociedades y núcleos industriales deja marginados los núcleos rurales, que al tender sus ojos y todos sus esfuerzos hacia la integración en los complejos industriales van vaciando cada vez más de contenido social y educativo el medio rural. En segundo lugar, en cuanto que las necesidades de una formación profesional y de una capacitación técnica se realizan de una manera precipitada, sin apoyarse previamente en una tarea de educación fundamental, sino tendiendo a transformar con la mayor rapidez posible al campesino analfabeto en tornero o picador de mina, creándole una nueva y artificial esfera de cultura profesional que en nada, salvo en un pequeño incremento de salario, le representa un beneficio.

De aquí que prácticamente podamos ver cómo la política de los Estados Unidos en Iberoamérica requiere para corregirse el establecer una firme y absoluta convicción, no sólo entre los hombres encargados de realizar y proyectar la política del Departamento de Estado, sino también en el seno de los esados mayores y delegaciones más o menos plenipotenciarias de las diferentes grandes Compañías.

Este recuento de vicios, de los que deliberadamente se ha omitido la cita de

cualquiera de las virtudes, nos lleva lógicamente a la evidencia de que por su volumen, por su importancia y por su falta de una doctrina uniforme, las Sociedades anónimas representan en el momento actual de la vida iberoamericana un obstáculo para el progreso, en lugar de un instrumento para el progreso, y que, por tanto, la transformación de ambas características es requisito indispensable previo a cualquier otro género de acción en la política, en lo económico o en lo social.

Por otro lado, las grandes Compañías, tanto las norteamericanas como las europeas, poseen datos positivos que pueden convertirlas en excelentes instrumentos realizadores de una política de promoción y desarrollo en los distintos países, tienen fuerza y condiciones suficientes para transformarse en instrumentos de prosperidad, no sólo de sus propios accionistas, sino de los países a los que extienden sus actividades. Si bien no creemos en absoluto la afirmación de Berle de que las grandes Sociedades norteamericanas, inglesas, francesas, alemanas, japonesas y canadienses, «si no han solucionado los problemas de la vida internacional, pueden, por lo menos, reclamar la gloria de haberse preocupado por ellos»; afirmación con la que disentimos, por cuanto si este esfuerzo hubiera sido real, difícilmente hubieran podido encontrar el obstáculo de un grupo de intereses o de una ideología política que se lo hubiera impedido, y, en realidad, si las grandes Sociedades anónimas no han sido instrumento de paz en lo internacional, de prosperidad general en lo económico y de convivencia en lo social, ha sido sencillamente porque ninguna de estas tres preocupaciones ha trazado, en la mayoría de los casos, la ruta de los Consejos de Dirección.

Tenemos, por tanto, que aunque estos resultados no estuvieran previstos en los planes de acción de las grandes Compañías, las Sociedades anónimas norteamericanas han producido, en cuanto a la política, un fortalecimiento de las oligarquías, un fomento de la corrupción (del que son casi tan culpables como los corruptores los propios corrompidos) y, en general, un descrédito de las formas políticas norteamericanas, y por el contagio de la democracia en general, al que se ve siempre estrechamente vinculado a cabildeos *lobby's* y caciques. Igualmente en lo económico-social, la creación de una sociedad industrial artificial, sin consecuencia para las economías nacionales, perniciosa en cuanto derrumba salarios y dañosa tanto en su forma extraterritorial como en su aspecto de industria satélite o en sus improductivos esfuerzos por crear una industria local, como revela, por ejemplo, la experiencia argentina de los coches Kaiser.

También en el aspecto económico-social la política de las Sociedades norteamericanas en Iberoamérica ha producido respecto del movimiento obrero dos grandes males: de un lado, retardo en el desarrollo de un movimiento obrero

auténtico, al apoyarse en las oligarquías, sistemáticas enemigas de toda reivindicación de justicia social, y en la misma medida favorece el nacimiento y desarrollo de los movimientos obreros de signo comunista o comunizante, a los que ayuda en la oposición a todo desarrollo normal de la vida sindical y las presiones de todo géneros que evitan su desenvolvimiento.

También una política extranjerizante en sus relaciones de trabajo, circunstancia en su nacimiento muy natural e incluso forzada por condiciones en que estas experiencias se desarrollan, ha dado lugar a una crisis de oportunidades estudiables y analizables en la forma en que los peones y trabajadores mexicanos se duelen de ser postergados a los extranjeros en los mejores puestos de trabajo.

Pero, por último, es de señalar cómo la acción de los norteamericanos y su eficaz e inconsciente colaboración con el comunismo ha dado lugar al nacimiento de una actitud iberoamericana basada en la imposibilidad de sentirse igual o identificados a los poderosos vecinos del Norte y manifestada en una, a veces, infundada, psicología de expoliación que tiene su base en la observación de las riquezas, en materias primas de los distintos países, sin considerar en qué medida son responsables de esta expoliación y se benefician de ellas las clases oligárquicas de los distintos países.

Por último, una catastrófica política de relaciones públicas y humanas llevada por las Sociedades norteamericanas en Iberoamérica ha hecho nacer en la mentalidad popular de los distintos países el odio a un prototipo humano norteamericano completamente equivocado. El del yanqui buscador de fortuna, inculto, salvaje y avariento, que incapaz de abrirse camino en su propio país busca en Iberoamérica nuevas coyunturas para utilizar las tretas aprendidas en su anterior experiencia.

De aquí parece inferirse que si la democracia norteamericana se compromete con la conservación y supervivencia de las sociedades anónimas de Iberoamérica, se habrá colocado en pocos años en una posición insalvable, máxime si no revisa de una manera evidente no sólo su propio concepto de los países iberoamericanos, sino la propia estructura y posibilidad de las grandes sociedades.

LOS RESULTADOS: ANTAGONISMO Y HOSTILIDAD

Las consecuencias de la serie de políticas equivocadas de los Estados Unidos en Iberoamérica y de la desordenada actuación de unas compañías que sólo buscan el lucro y la promoción de sus negocios da lugar al antagonismo, no sólo ya individual, sino colectivo, dándose el caso de que los movimientos

obreros y juveniles son, en muchas ocasiones, acérrimos enemigos de los Estados Unidos, representando por tanto un factor con el que cualquier acción política puede contar.

La especial manera que ha tenido de desarrollarse el movimiento obrero en los países iberoamericanos hace que la confusa sombra de elementos marxistas y socialistas haya favorecido la creación de una conciencia revolucionaria de signo colectivista de gran arraigo en las masas trabajadoras. Esta conciencia es uno de los grandes obstáculos que se pueden encontrar para cualquier versión continental, pues no podemos olvidar que como dice en un reciente artículo de la revista *Cuadernos*, Víctor Alba, el comunismo y la U. R. S. S. se ha opuesto siempre a las tentativas de unidad entre países, incluso entre sus satélites. Recuérdese que en 1945, Dimitrov y Tito hablaban de la alianza balcánica y que de repente se callaron cuando Moscú dijo que era prematura. Los comunistas se han manifestado hostiles a todas las formas de unión europea y en regiones donde la unión de varios países ofrece evidentes ventajas (Sudeste de Asia, Africa Negra, el Magreb, el Cercano Oriente), los comunistas ya en la oposición, ya infiltrados en algunos regímenes, no han hecho nada o se han opuesto a ella (4).

La unión es, en esas regiones, un elemento poderoso para facilitar la solución de los problemas vitales y para amortiguar los peligros del nacionalismo localista. La unión puede, en ciertos casos, crear condiciones que hagan posible una política internacional propia, difícil de influir, que conduzca al desvanecimiento gradual de los motivos, reales o supuestos, de desconfianza o resquemor de esos países con respecto a Occidente. La U. R. S. S. no desea que nada de esto ocurra, porque con ello desaparecerían factores de perturbación, focos de malestar, estados de ánimo antioccidentales que hoy son buen terreno para la propaganda comunista y posibles instrumentos de maniobra de la diplomacia soviética.

Por esta razón, la influencia rusa es la fuerza número uno en el repertorio de tendencias disolventes y lógicamente la número uno entre los antiamericanistas.

En segundo lugar, las oligarquías y los capitalistas nacionales de las distintas nacionalidades o países cuentan entre los más decididos adversarios de los Estados Unidos, en ocasiones porque sus negocios se encuentran y obstaculizan y son adversarios de los negocios yanquis, pero también porque para la oligarquía de muchos países el entendimiento con los yanquis da origen a una

(4) VÍCTOR ALBA: «Obstáculos a la unidad americana». *Cuadernos*, número 48, mayo 1961.

relativa prosperidad económica y, por el contrario, la propagación de una actitud de hostilidad hacia los Estados Unidos entre las masas populares consolidan su posición entre los norteamericanos y sus adversarios, unas veces como intermediarios, otras como intérpretes y en ocasiones con meras funciones de carácter político-administrativo. Pero en todos los casos sacando excelentes beneficios del mantenimiento de una buena relación con los Estados Unidos y la paralela siembra de descontentos entre las masas populares.

La evidencia de esta maniobra en algunos casos es tan extraordinaria, que no se comprende otra razón a la permanencia en la colaboración de los norteamericanos con estos grupos, más que a partir de un conocimiento previo de la táctica empleada y de la consiguiente utilización de la maniobra en cuanto representa una ventaja.

Capitalistas, nacionalistas y comunistas constituyen lo que podríamos llamar «anti-americanismo, por conveniencia táctica», detrás de los cuales se advierte a los demócratas no oligarcas y a los nacionalistas que podríamos llamar «antiamericanistas por convicción» y cuya acción se ejerce mucho más en el campo de las ideas y las letras que en el de los puros hechos. Casi todos los hispanistas de América militan en una de estas grandes líneas y su antinorteamericanismo se debe más bien a razones de tipo intelectual o espiritual que a sentimiento concreto o a planteamiento de tipo táctico.

Tras esos dos grupos se advierten grandes masas de anti-americanistas por necesidad, en cuanto que campesinos y trabajadores no obedecen —salvo en el caso de los comunistas infiltrados en los respectivos movimientos— a razones de tipo táctico o planteamiento ideológico, sino que fundamentalmente su actitud pro o contra algo se debe a la evidencia de estar sufriendo en su propia carne los males de una sociedad en cuya cúspide económica y en ocasiones política, se encuentran los intereses americanos y en cuanto la sociedad en la que viven les niega los fundamentales derechos, no ya a los bienes de la convivencia, sino a la simple vida humana.

ALGUNAS POSIBILIDADES DE RECONSTRUCCIÓN

Contemplado desde la perspectiva de los norteamericanos honestamente intencionados, que deseen establecer la base de una sólida democracia continental, favoreciendo sinceramente el desarrollo y creación de un regionalismo continental, basado en la colaboración y la solidaridad entre las naciones. El anti-americanismo representa un obstáculo contra el que hay que combatir, pero lógicamente contra un sentimiento y una mentalidad, la lucha tiene que

hacerse con sentimiento y mentalidad que inspiren una actitud de signo contrario.

«Hechos y no palabras» parece ser la exigencia general en estas horas atribuladas del mundo en las que el hombre vecino de un universo en permanente cambio ve cada vez más, cómo van transformándose en su significado y en su intención las palabras, y sólo la conducta es susceptible de engendrar confianza. Por esta razón, si la existencia de un sentimiento, unas veces como hemos visto basado en una experiencia histórica, otras en agravios concretos, otras en confusas mezclas de actitud y sentimiento, representa un obstáculo para la comprensión y la paz entre las naciones del continente, es evidente que este sentimiento es algo que hay que desterrar y combatir, extirpándolo de la vida pública americana, reformando aquellas deficiencias que han podido dar lugar a que se produzcan y actuando fundamentalmente sobre las actitudes y las ideas.

La tarea de acabar con el anti-americanismo no cabe duda que incumbe en primer lugar a los Estados Unidos, tanto a sus dirigentes políticos como a los responsables más o menos inconscientemente políticos de la acción de sus grandes compañías y corporaciones. Pero incumbe también en segundo lugar a los grupos más responsables y capacitados para la aventura del pensamiento en los países de Hispanoamérica, para los nombres que piensan con criterios democráticos y con visión continental los problemas de las tres Américas y que, aunque en algunas ocasiones hayan visto en el anti-americanismo las bases de una acción común entre todos los países de Iberoamérica, es este el momento de llegar a comprender que la principal exigencia de los iberoamericanos, que es la de encontrar la propia razón y dimensión de su existencia histórica y política, no se puede definir sencillamente en la anécdota de un «anti», sino que necesita cauces categóricos de mayor dimensión.

En tercer lugar, Europa (la Europa Occidental) tiene lógicamente que estar interesada en paliar esta diferencia, pero no como el arbitraje desinteresado de persona que se halle fuera de los términos de la discusión sino como terceros ampliamente comprometidos en crear destinos de paz y de acción común entre todas las naciones. Para los europeos el entendimiento entre las naciones de América es casi tan importante como el propio entendimiento y la solidaridad entre las diferentes naciones europeas.

De esta última serie de países, España concretamente, está más particularmente interesada que el resto de Europa y al mismo tiempo se encuentra en mejores condiciones que los demás países europeos para servir no ya a la causa necesaria, pero accidental de facilitar un mejor entendimiento entre todos los países del Norte, Centro y Sudamérica, sino para el lenguaje de la paz y del

entendimiento entre los americanos y los europeos. Para desterrar el anti-americanismo y centrar las bases de esta solidaridad de una manera real y eficiente hay que actuar teniendo presentes algunas insoslayables exigencias.

En primer lugar, Norteamérica tiene que hacer de su política una sola política no impuesta por vía coactiva, sino adoptada por la evidencia de su necesidad, salvando las contradicciones que ofrecen las grandes sociedades anónimas norteamericanas, poniendo su potencia al servicio de mil objetivos episódicos y sin colaborar abiertamente en las tareas más fundamentales. A partir de esta unidad se exige dar al espíritu americano una dimensión congruente con la magnitud de la tarea emprendida, dar nacimiento en los norteamericanos a un nuevo entusiasmo lo suficientemente noble y desinteresado para hacer abandonar el espíritu de negocio y sustituirlo por un nuevo y asombroso espíritu de aventuras: «¡Jóven, ve al Oeste y crece con el país!», fué la consigna que lanzó a los norteamericanos a una empresa de civilización y progreso como prácticamente no ha tenido precedente en las épocas contemporáneas. «¡Jóven, ve adonde se encuentren el atraso y la miseria, lucha contra ellos generosa y denodadamente y crecerás con el mundo, con un mundo nuevo y diferente sin límites ni fronteras!», podría ser el reto lanzado a una juventud a la que ni la educación ni la sociedad, ni incluso la dura experiencia de la guerra, de sacrificios y muerte, por la que han tenido que pasar ha servido para revelar la auténtica dimensión y sentido de su existencia, y nada mejor que esta tarea de «crecer con el mundo» para orientar en nuevos caminos y misiones a un pueblo poderoso que cada vez sabe menos qué hacer con su poder.

Objetivo fundamental y exigencia de esta acción tiene que ser la sustitución de un imperialismo de los negocios por un imperio de las ideas. Si la diplomacia del dólar, en los primeros años del siglo, protegió la expansión de los intereses norteamericanos, la diplomacia norteamericana en esta época decisiva tiene que proteger la expansión de los propósitos y la difusión de los criterios norteamericanos, pues América tiene que aprender la lección de la permanencia y la eficacia de la idea en el mundo del hombre, admitiendo que, en frases del maestro Fraga: «A la idea no se la puede mantener».

Cabeza visible de la civilización occidental, a Norteamérica le corresponde afirmar el sentido humanista de la Ciencia, la Ciencia es Humanidad antes que nada; el progreso técnico sólo se crea por y para el hombre, y la ciencia traicionará su destino si no supera las condiciones que impiden que el progreso, obra de todos, lleve sus frutos al alcance de todos.

En el mismo sentido que hay que intentar llegar antes que los rusos a la estratosfera y a la luna, los norteamericanos tienen que llegar antes que ellos al auténtico respeto de los valores humanos, de la dignidad del hombre, de la

verdad y de la justicia, superando los problemas no resueltos de la moderna sociedad industrial.

La prosecución del progreso no es una prueba científico-deportiva que suscituya al enfrentamiento bélico, sino una tarea de doble vertiente. De un lado se trata de alcanzar el progreso, pero también de hacer llegar sus frutos a todos. A este respecto, la hermosa iniciativa del Presidente Kennedy de formar un cuerpo de voluntarios de la paz actuando en los países subdesarrollados, tiene que ser objeto de una puntualización y de un examen: la ciencia y el progreso son de todos, no constituye un patrimonio de nadie y, sobre todo, hay que recordar que el mundo es susceptible y hay muchos países subdesarrollados en la técnica, que no lo son en el espíritu, no es válido exponer y propagar la técnica americana como una mejora o tabla de salvación, sino como una experiencia posible de imitar. Los voluntarios de la paz tienen que ser fundamentalmente grandes educadores y promotores, pero deben de cuidarse de cualquier actitud soberbia, y en mucha mayor medida de la peor de todas las soberbias, que es la de la humildad.

Esta idea es, sobre todo, aplicable en Hispanoamérica; no se puede ir a un continente que ha dado a la civilización nombres como los de Caro y Cuervo, Mutis, Amhegino, Rodó y más modernamente Houssay, con criterio de enseñar y desvelar los misterios de una ciencia de enciclopedia elemental y «High School», sino iniciando las relaciones en el respeto a los demás, si se quiere obtener un respeto correlativo que facilite el nacimiento de una conciencia común.

Los voluntarios deben recordar que van a promover y no a asombrar. En lo económico, los Estados Unidos deben tender a revisar las nociones básicas de la economía de competencia, la prosperidad no debe seguir siendo el palmarés en el que se inscriban los nombres de los vencedores de la lucha por la vida, sino el resultado de acomodar universalmente las riquezas a las necesidades, no se trata de ganar la prosperidad en dura lucha con los demás y excluyendo los de ella, sino de repartir la prosperidad o mejor aún repartir la miseria hasta disolverla en los grandes medios creadores de riqueza. En esta tarea la sociedad anónima, instrumento de la revolución capitalista del siglo XX tiene que modificarse si quiere posibilitar la revolución del siglo XXI, y si no quiere que el primer acto de esta experiencia sea acabar con ella. Esta tarea puede ser realizada por las sociedades anónimas, siguiendo el desarrollo de una saludable y evidente tendencia que, poco a poco, van abriéndose camino en muchas mentalidades y a las que no tienen por qué cerrarse los Consejos de Administración.

En esta transformación de las sociedades anónimas en instrumentos populares

y eficientes el equipo presidencial norteamericano tiene una tarea importante que hacer dando mayor dimensión a las leyes contra los *truts*, contrapesando el criterio de las grandes empresas con el propio criterio, unificando las políticas diferentes en una sola y en establecer sistemas impositivos que favorezcan un desarrollo normal de las ganancias y beneficios.

América debè saber que los fusiles comunistas y comunizantes, los pistoleros llegados al poder y las revoluciones que siembran la muerte y la inestabilidad, muchas veces tienen cargadas sus armas por el diablo del capitalismo, y las compañías deben darse cuenta de que ha llegado el momento de ceder en sus intereses de sacrificarse a la paz, para no tener que inmolarse a la guerra.

Los requisitos de la colaboración iberoamericana a este respecto son menos numerosos, pero quizá más difíciles. Exige, en primer lugar, un descubrimiento de lo iberoamericano que no esté ceñido a la limitación de los «antis» ni marcado por antepasados históricos o políticos más o menos remotos que operada su fusión y hecha su aportación a la formación de Iberoamérica puede entenderse que prácticamente han cumplido en lo fundamental su misión y no tienen que permanecer en la conciencia subhistórica, sino, por el contrario, abandonar el ayer para entregarse e integrarse en el hoy.

La participación de los iberoamericanos en esta tarea no es en absoluto un mero repertorio de actitudes pasivas de «dejarse educar» y «dejarse promover», sino que por la cultura, por la capacidad y por la fecundidad espiritual los hispanoamericanos pueden hacer mucho por enriquecer y fortalecer a sus respectivas patrias y por la consolidación de la continentalidad americana. Para esto la tarea del americano sigue siendo prácticamente la misma que en distintas épocas de la historia ha enfrentado hombres de diferentes convicciones políticas. Muchos políticos de los países iberoamericanos concen perfectamente la agenda de los problemas a resolver en su país y los términos en los que debe entablarse el despliegue de la colaboración para la paz. Su actitud colaboradora, su resolución de participar sin resentimientos y sin «antis» puede ser uno de los datos más importantes en esta tarea.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

Este es, sin propósito exhaustivo, el repertorio de posibilidades que se ofrecen para un entendimiento y una colaboración entre los Estados Unidos y sus más próximos vecinos que, sin duda, tiene que ser el presupuesto de un entendimiento más amplio, que a lo largo constituya las bases más firmes para la defensa de Occidente.

Los políticos y financieros occidentales deben aprender que la mejor manera de derrotar a demagogos y revolucionarios filo-marxistas es quitarles las razones sobre las que pueden actuar, y que como vehículo de la paz, una reforma agraria organizada con criterios occidentales, sin convulsiones ni injusticias es más eficaz que muchos ejércitos que, en una palabra, las armas comunistas las carga muchas veces la equivocada idea del negocio que mantienen los capitalistas y, por último, hay que considerar un hecho evidente, la única fórmula para que el progreso no se vuelva contra los hombres que lo promueven y lo realicen, es que los perfeccionamientos y las mejoras vengán a beneficiar a la mayor cantidad posible de seres humanos, que la prosperidad no sea el premio de unos pocos, sino el objetivo hacia el que tiendan los esfuerzos de todos para obtener el bienestar de todos.

RAÚL CHÁVARRI PORPETA

RESUMÉ

Les relations entre les pays sudaméricains et l'Amérique du Nord et surtout la politique des Etats-Unis et les différentes nations placées au sur de Rio Gande a provoqué un sentiment ante-américain dans ses derniers pays. "Américain" équivaut souvent à "impopulaire" et les politiciens et les agitateurs trouvent leur meilleure alliée dans l'animadversion que les personnes ou les institutions des Etats-Unis provoquent chez les populations sudaméricaines.

Il faut chercher les motifs de ce sentiment, principalement, dans les différences essentielles de mentalité, dans ces idées et ces attitudes qui font les américains du Nord différents des américains du Centre et du Sud, mais aussi dans la politique erronée menée par les Etats-Unis dans les pays sudaméricains, laquelle à d'autres époques origina ce qu'on appella la "Diplomatie du Dollar", lorsque les intérêts des américains étaient défendus même avec les armes.

L'état actuel auquel cette question est arrivée rend nécessaire un plan de base dans lequel les différents pays reconnaîtraient quelles sont leurs responsabilités dans ces problèmes et donneraient des idées pour leur solution d'une façon systematique et sensée. Pour les Etats-Unis il est urgent de trouver une politique plus humaine et plus compréhensive vis-à-vis de l'Amérique du Sud, mais il est surtout indispensable de trouver une solution pour les problèmes et les contradictions que provoque l'existence des grandes Compagnies Américaines qui en grande partie représentent une politique d'intérêts complètement opposée à celle du Département d'Etat. Etant donné que les pays sud-

américains constituent le champ de bataille fondamental de l'opposition Orient-Occident, on peut considérer que le moment est venu pour que les Etats-Unis combattent cet anti-américanisme non par la violence mais par la raison, non par la coaction mais par la conviction. Dans une mesure plus ou moins grande les pays européens et particulièrement l'Espagne, intéressés par la solution de ces questions en leur qualité d'intégrants du monde occidental, doivent s'efforcer de coopérer à l'avancement de tous ces pays en essayant de faciliter entre eux la création de communautés en harmonie dans lesquelles la paix, la justice sociale et la collaboration entre les classes seraient une réalité.

SUMMARY

The relations between the Spanish-American countries and North America and, specially, the varying policies of the United States and of the different nations on the south banks of Rio Grande, have given birth to a certain anti-american feeling in the latter countries. Sometimes what is North-american is made equal to what is unpopular and the most powerful ally, for politicians and agitators is the illwill that the United States' subjects or institutions wake up among Ibero-American people.

To a great extent, we must look for the roots of this movement in marked differences of mentality, in those ideas and attitudes that make North-american to be different from the people in South and Central America, but also in the mistaken policy carried out by the United States in the Ibero-American countries and that, in other times, gave birth to the so-called "Dollar-diplomacy", through which American interests were defended even with armed interventions.

The present stage, reached by this problem, makes it necessary a basical planning, with the recognition —on the part of the different countries— of their responsibility regarding these problems and their offer of some ideas for their solution in a systematic and sensible way. As far as the United States is concerned, they must urgently plan a more humanitarian and comprehensive policy with regard to Spanish-America but, above all, a solution to the problems and contradictions that are set up by the existence of the great North-American Companies —which, to a great extent, represent a policy of interests that is completely opposed to the one maintained by the State Department— is indispensable. Since the Ibero-American countries have set themselves up as fundamental background for the East-West opposition, we be-

lieve it is time for North-America to face up this anti-americanism, not through violence but through reason; not through compulsion but through conviction. To a greater or less extent, the European countries and particularly Spain, which —as parts of the Western World— have an interest in the solution of this problem, have to strive to collaborate in the promotion of all these countries so tending to provide the creation of harmonious communities where peace, social justice and class understanding become a reality.